

putados americanos? El uno ligero y duelista; otro católico, perezoso y soberbio; aquel luterano, labrador y sin esclavos; otro anglicano y labrador con negros; otro puritano y negociante; ¿cuántos siglos serian necesarios para dar homogeneidad á estos elementos?

Una aristocracia bursátil está dispuesta á aparecer con el amor de las distinciones y la pasión de los títulos. Se cree que reina un nivel general en los Estados Unidos; y es un completo error. Hay sociedades que se desdennan y no se ven entre sí; hay salones donde la gravedad enfática sobrepaja á la de un príncipe alemán de diez y seis cuarteles. Estos nobles plebeyos aspiran á la casta, á despecho del progreso de las luces, que los hace iguales y libres. Algunos no hablan mas que de sus abuelos, orgullosos barones, aparentemente bastardos, y compañeros de Guillermo el Bastardo. Ostentan sus blasones de caballería adornados de serpientes, lagartos y papagayos del Nuevo-Mundo. Un segundon de Gascuña, abordando con la capa y el paraguas á la costa republicana, si tiene cuidado de llamarse *marqués*, es considerado en los buques de vapor.

La enorme desigualdad de fortuna amenaza aun mas seriamente de muerte el espíritu de igualdad. Tal americano posee uno ó dos millones de renta; así, los Yankees de la sociedad no pueden ya vivir como Franklin: el verdadero *caballero*, disgustado de su nuevo país, viene á Europa á buscar el viejo: se le encuentra en las hosterías, dando, como los ingleses, con la extravagancia ó el *spleen*, vueltas por Italia. Estos bagabundos de la Carolina ó de la Virginia compran ruinas de abadías en Francia, y plantan en Melun jardines ingleses con árboles americanos. Nápoles envía á Nueva-York sus cantantes y sus perfumistas; París sus modas y sus farsantes; Londres sus lacayos y sus pugilistas; placeres exóticos, que no hacen mas alegre la Union. Se divierten arrojándose á la catarata del Niagara, en medio de los aplausos de cincuenta mil plantadores semi-salvajes, á quien la muerte puede apenas hacer reír.

Pero lo mas extraordinario es que, al mismo tiempo que se desborda la desigualdad de las fortunas y comienza una aristocracia, el grande impulso ecuatorial obliga á los poseedores industriales y territoriales á ocultar su lujo, á disimular sus riquezas, de miedo de ser asesinados por sus vecinos. No se reconoce el poder ejecutivo; se destituyen caprichosamente las autoridades locales elegidas, y se les sustituye con nuevas. Esto no altera el orden; la democracia práctica esta en observancia; y causan risa en teoría las leyes dadas por la misma democracia. El espíritu de familia apenas existe; en seguida que el niño está en estado de trabajar, necesita, como el pájaro, volar con sus propias alas. De estas generaciones emancipadas en una horfandad precoz, y de las emigraciones que llegan de la Europa, se forman compañías nómadas, que descujan los terrenos, abren canales, y llevan su industria por todas partes, sin adherirse al suelo; comienzan casas en el desierto, en las cuales el propietario vivirá algunos días.

Un egoísmo duro y frío reina en las ciudades; pesos, billetes de banco, plata, alza y baja de los fondos: esta es toda la conversacion: parece que se está en la bolsa ó en el escritorio de una casa de giro. Los diarios, de una dimension inmensa, están llenos de exposiciones sobre negocios, ó de cuentos groseros. ¿Los americanos sufrirían la ley de un clima donde la naturaleza vegetal parece haberse aprovechado á costa de la naturaleza viva, ley combatida por inteligencias distinguidas, pero que la refutación no ha puesto todavía fuera de exámen? Podría discutirse si el americano no se ha ejercitado demasiado pronto en la libertad filosófica, como el ruso en el despotismo civilizado.

En suma, los Estados-Unidos dan la idea de una colonia, y no de una madre patria; no tienen pasado; las costumbres son hechas por las leyes. Estos ciudadanos del Nuevo-Mundo han tomado rango entre las naciones en el momento que las ideas políticas entraban en una fase ascendente: esto explica por qué se transforman con una rapidez extraordinaria. La sociedad permanente parece impracticable entre ellos; por una parte, por el extremo fastidio de los individuos; por la otra, por la imposibilidad de fijarse, y por la necesidad de movimientos que los domina; porque en ninguna parte se está bien donde los penates son errantes. Colocada en el camino de los océanos, á la cabeza de las opiniones progresivas, tan nuevas como su país, la América parece haber recibido de Colon mas bien la misión de descubrir otros mundos, que de crearlos.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

#### VUELTA Á EUROPA.—NAUFRAGIO.

De regreso del desierto á Filadelfia, como ya he dicho, y habiendo escrito en el camino lo que acabo de referir, como el viejo La-Fontaine, no encontré las letras de cambio que esperaba, y este fue el principio de la escasez pecuniaria que me ha rodeado el resto de mi vida. La fortuna y yo nos hemos tenido antipatía desde que nos hemos visto. Segun Herodoto, ciertas hormigas de la India reúnen montones de oro; segun Atheneo, el sol habia dado á Hércules un bajel de oro para que abordarse á la isla de Erirea, retiro de las Hespérides; aunque hormiga, no he tenido el honor de pertenecer á la gran familia india; y navegante, no he atravesado el agua mas que sobre un buque de madera. Un bastimento de esta especie me traje de América á Europa. El capitán me ajustó el pasaje á crédito. El 40 de diciembre de 1791 me embarqué con muchos compatriotas que regresaban, como yo, á Francia. El buque se dirigia al Havre.

Un golpe de viento nos llevó en diez y siete días á la otra orilla del Atlántico. Con mástiles y cuerdas, apenas pudimos ponernos á la capa. El sol no se vió ni una sola vez. Atravesé el Océano en medio de las sombras; jamás me habia parecido tan triste. Yo mismo me habia vuelto mas triste, engañado en el primer paso de mi vida. «No se edifican palacios en el mar, dice el poeta persa Ferid-Eddin.» Sentí que se oprimía el corazón como si presagiara un infortunio. Paseando mis miradas por las olas, les preguntaba mi destino, ó escribía mas incomodado por su movimiento, que ocupado de su amenaza.

Lejos de calmar, la tempestad arreciaba conforme nos acercábamos á Europa, pero con soplo igual; y resultaba de la uniformidad de su cólera una especie de bonanza furiosa en el cielo oscuro y el mar aplozado. No pudiendo tomar altura, el capitán estaba inquieto: subía á las cuerdas, y miraba el horizonte con su anteojo. Un vigía estaba colocado en el bauprés, y otro en el palo mayor. La ola se aminoraba, y el color del agua cambiaba: signo de que nos acercábamos á la costa; pero, ¿á cuál? los marineros bretones tienen este proverbio: «El que ve á Bella-Isle, ve su isla; el que ve á Groi, ve su alegría; el que ve á Onessant, ve su sangre.»

Yo habia pasado dos noches paseando sobre cubierta, al embate de las olas en las tinieblas, con el ruido del viento en las cuerdas, y bajo los saltos del mar que cubria y descubria el puente: todo á nuestro alrededor era una revolución de las olas. Fatigado por el choque y los vaivenes, me fui á acostar al principio de la tercera noche. El tiempo era horrible: bien

pronto oí desde mi vacilante hamaca correr de un punto del puente al otro, y caer paquetes de cuerdas; sentí el movimiento que se nota cuando se vira de bordo. La cubierta de la escala del entrepuente se abre, una voz asustada llama al capitán; en medio de la noche, esta voz tenia algo de formidable. Escucho, y me parece oír á los marineros discutir sobre la situación de una costa. Salto de mi hamaca; una ola envuelve el castillo de popa, inunda la cámara del capitán, ruedan mezclados cofres, mesas, camas, muebles y armas; yo gano la cubierta medio ahogado.

Al sacar la cabeza por el entrepuente, me vi sorprendido por un espectáculo sublime. El buque habia intentado virar de bordo; pero no pudiendo conseguirlo, habia barado. A la luz de la luna que rasgaba las nubes para volver á ocultarse en ellas, se descubrian en los costados del barco, á través de una bruma amarilla, costas erizadas de rocas. El mar levantaba sus olas como montañas en el canal en que estábamos engolfados; ya se desvanecen en espumas; ya no ofrecen mas que una superficie vidriosa, cubierta de manchas negras, cobrizas, verdosas segun el color de las hondonadas sobre que mugen. Durante dos ó tres minutos se confunde el ruido del abismo con el de el viento; un instante despues se distingue el silbido del agua en las rocas, la voz de la ola lejána; de la concavidad del buque, salia un rumor que hacia palpar el corazón de los mas intrépidos marineros. La proa del navio tocaba la masa espesa de las olas con un roce horroroso, y por el timon corrían torrentes de agua como si fueran por una esclusa. En medio de este trastorno, nada era tan alarmante como cierto murmullo sordo, parecido al de un vaso que se llena.

Alumbrados por un farol y guarecidos bajo plomos, teniamos desplegados cartas, mapas, derroteros y diarios de viajes. Una ráfaga habia apagado el fanal de la brújula. Todos hablaban con diversidad de la tierra. Habiamos entrado en el canal de la Mancha sin apercebirnos de ello; el buque se deslizaba entre la isla de Cuernesey y la de Anrigni. El naufragio pareció inevitable, y los pasajeros abrazaron lo mas precioso á fin de salvarlo.

Habia entre la tripulacion marineros franceses; uno de entre ellos, á falta de capellan, entonó este cántico á *Notre-Dame-de-Bon-Secours*, primera enseñanza de mi infancia; yo lo repetí á la vista de las costas de la Bretaña, casi bajo la mirada de mi madre. Los marineros americanos protestantes se unian de corazón á los cánticos de sus camaradas franceses católicos: el peligro enseña á los hombres su debilidad, y les hace unir sus oraciones. Pasajeros y tripulacion se hallaban sobre el puente, quién ocupado en las maniobras, quién en el bordaje, quién en el cabestante, quién con las áncoras, para no ser envuelto por las olas. El capitán gritaba: «¡Un hacha, un hacha para cortar los mástiles!» El timon, abandonado, daba vueltas con un ruido ronco.

Una tentativa quedaba que hacer; la sonda no marcaba mas que cuatro brazas sobre un banco de arena que atravesaba el canal: era posible que la ola nos hiciera franquear el banco y nos llevase á un agua profunda; pero ¿quién se atrevería á tomar el timon y encargarse de la salvacion comun? Con un golpe falso de barra estábamos perdidos.

Se halló uno de estos hombres que nacen con los sucesos y que son los hijos espontáneos del peligro: un marinero de Nueva-York se apoderó de la plaza desierta del piloto. Aun me parece que lo veo en camisa, con el pantalon de lienzo, los piés descalzos, los cabellos flotantes y mojados, teniendo el timon con sus poderosas manos, mientras que con la cabeza vuelta miraba en la popa la ola que debia salvarnos ó perdernos. Una ola llega, que coge toda la anchura del canal, y se eleva sin estrellarse, como un mar que

invade otro mar; grandes pájaros blancos, de vuelo tranquilo, la preceden, como los pájaros de la muerte. Hubo un momento de silencio profundo; todos los semblantes palidieron. La ola llega; en el momento de atacarnos, el marinero da el golpe de barra; el buque, despues de caer sobre el costado, presenta la popa, y la ola que debiera sumergirnos, nos levanta. Se echa la sonda, y hace veinte y siete brazas de agua. Un grito llega hasta él mezclado con el de *viva el rey!* No fue oído de Dios para Luis XVI; solo nos aprovechó á nosotros.

Separados de dos islas, no nos vimos fuera de peligro, no podiamos elevarnos sobre la costa de Granville. En fin, la marea baja nos arrastró, y doblamos el cabo de la Hougue. Ni sufrí alteracion en este semi-naufragio, ni alegría al verme salvo. Vale mas abandonar la vida de jóven que ser echado de ella por viejo. Al dia siguiente entramos en el Havre. Toda la poblacion habia acudido á vernos. Nuestros mástiles de gavia estaban rotos, las chalupas perdidas, el castillo de popa arrasado, y hacíamos agua á cada cabezada. El 2 de enero de 1792 pisaba de nuevo el suelo natal, que aun debia huir bajo mis pasos. Traia conmigo, no dos esquimales de las regiones polares, sino dos salvajes de una especie desconocida: Chactas y Atala.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

#### VOY Á BUSCAR Á MI MADRE EN SAINT-MALO—PROGRESO DE LA REVOLUCION.—MI CASAMIENTO.

Escribí á mi hermano á París el detalle de mi travesía, explicándole el motivo de mi regreso, rogándole que me prestara la suma necesaria para pagar mi pasaje. Mi hermano me respondió que enviaba mi carta á mi madre. Mad. de Chateaubriand no me hizo esperar; me puse en estado de poder pagar y dejar el Havre. Me decia que tenia consigo á Lucila, con mi tío de Bedée y mi familia. Estas noticias me decidieron á dirigirme á Saint-Malo, donde podria consultar á mi tío sobre el proyecto de mi próxima emigracion.

Las revoluciones, como los rios, engruesan en su curso: yo hallé la que habia dejado en Francia, enormemente crecida y desbordada; estaba con Mirabeau bajo la *Constituyente*, y la hallaba con Danton bajo la *Legislativa*. Acababa de ser conocido en París el tratado de Pilnitz de 27 de agosto de 1791. El 14 de diciembre del mismo año, cuando yo me hallaba en medio de las tempestades, el rey anunció que habia escrito á los príncipes del cuerpo Germánico (particularmente al elector de Tréveris) sobre los armamentos de Alemania. Los hermanos de Luis XVI, el príncipe de Condé, Mr. de Calonne, el vizconde de Mirabeau y Mr. de la Queille, fueron en seguida acusados. Desde el 9 de noviembre se habia dado un decreto contra los emigrados; en estas filas de proscritos fui á colgar; otros hubieran quizá retrocedido; pero la razon del mas fuerte me hace siempre pasar al lado del mas débil; el orgullo de la victoria me es insoporable.

Dirigiéndome del Havre á Saint-Malo, tuve lugar de observar las divisiones y las desgracias de la Francia; los palacios, quemados ó abandonados; los propietarios habian partido; las mujeres vivian refugiadas en las ciudades. Los pueblecitos y las aldeas gemian bajo la tiranía de los clubs afiliados al club central de los Franciscanos, reunidos despues con los Jacobinos. Su antagonista, la *sociedad monárquica*, ya no existia; la innoble denominacion de *descamisado* se habia hecho popular; ya no se llamaba al rey mas que *Monsieur Veto*, ó *Mons. Capeto*.

Fui recibido tiernamente por mi madre y mi fami-

lia, que deploraban sin embargo la importunidad de mi vuelta. Mi tío, el conde de Bedée, se disponía á pasar á Jersey con su mujer y sus hijos. Se trataba de hallar dinero para reunirme á los príncipes. Mi viaje á América habia abierto una brecha á mi fortuna; mis propiedades estaban casi arruinadas en mi herencia de segundon por la suresion de los derechos feudales; los beneficios simples que debía recibir en virtud de mi afiliacion en la órden de Malta habian caido con los demás bienes del clero en manos de la nacion. Este concurso de circunstancias decidió del acto mas grave de mi vida; me casaron á fin de procurarme medios para hacerme matar, sosteniendo una causa que no amaba.

Vivia retirado en Saint-Malo Mr. de Lavigne, caballero de San Luis, antiguo comandante de Lorient. El conde de Artois se habia alojado en su casa en esta última ciudad cuando visitó la Bretaña; encantado de su huésped, el príncipe le prometió concederle cuanto pidiera en lo sucesivo.

Mr. de Lavigne tuvo dos hijos; uno de ellos se casó con la señorita de la Placeliere. Dos hijas de este matrimonio quedaron de corta edad, huérfanas de madre y padre. La mayor se casó con el conde de Plessis-Parcau capitán de navío, hijo y nieto de almirantes, hoy contra-almirante él mismo, cordon encarnado y comandante de los alumnos de marina en Brest: la segunda, que vivía con su abuelo, tenia diez y siete años, cuando á mi regreso de América llegué á Saint-Malo. Era blanca, delicada, pequeña y muy bonita; dejaba caer, como un niño, sus hermosos cabellos, naturalmente rizados. Se calculaba su fortuna en quinientos á seiscientos mil francos.

Mis hermanas se empeñaron en hacerme casar con esta señorita, muy amiga de Lucila. El negocio se trató á mi pesar. Apenas habia visto tres ó cuatro veces á la señorita de Lavigne; yo la reconocia de lejos sobre el surco en su piel rosa, su vestido blanco y su blonda cabellera flotante por el viento, cuando sobre la playa me entregaba á las caricias de mi antigua querida, la mar. Yo no me notaba ninguna cualidad de marido. Todas mis ilusiones estaban vivas; nada estaba agotado en mí: la energía misma de mi existencia se habia doblado en mis correrías. La musa me atormentaba. Lucila amaba á la señorita de Lavigne, y viendo en este matrimonio la independencía de mi fortuna: «¡Hacedlo, pues! dije.» En mí el hombre público es incontrastable; el hombre privado está á la merced del que quiere apoderarse de él; y por evitar una hora de desazon, me haré esclavo durante un siglo.

El consentimiento del abuelo, del tío paterno y de los principales parientes se obtuvo fácilmente; quedaba que conquistar un tío materno, Mr. Vauvert, gran demócrata que se opuso al matrimonio de su sobrina con un aristócrata como yo. Se creyó poder pasar adelante; pero mi piadosa madre exigió que el matrimonio religioso fuese hecho por un sacerdote *no juramentado*, lo que no podía ser sino en secreto. Mr. Vauvert lo supo, y desencadenó contra nosotros la magistratura, bajo pretexto de raptó, de violacion de la ley, y arguyendo con la pretendida infancia en que habia caído su abuelo, Mr. de Lavigne. La señorita de Lavigne, ya señora de Chateaubriand, sin que yo hubiese tenido comunicacion con ella, fue llevada en nombre de la justicia á un convento de Saint-Malo, por decreto de los tribunales.

No habia ni raptó, ni violacion de la ley, ni aventura, ni amor en todo esto; este matrimonio no tenia mas que el mal lado del romance: la verdad. La causa fue defendida, y el tribunal juzgó la union válida civilmente. El cura constitucional, con acuerdo de las familias, generosamente pagado, no reclamó contra la primera bendicion nupcial, y Mad. de Chateaubriand salió del convento con Lucila, que se habia encerrado con ella.

Tenia que hacer este nuevo conocimiento, y me trajo todo lo que yo podia desear. Yo no sé si ha existido nunca una inteligencia mas fina que la de mi mujer; adivina el pensamiento y la palabra cuando nace, en la frente ó en los labios del que habla con ella; engañarla es imposible. De un talento original y cultivado, curiosa de la manera mas picante, refiriendo maravillosamente, Mad. de Chateaubriand me profesa admiracion sin haber leído jamás dos líneas de mis obras; temeria encontrar ideas que no son las suyas, ó descubrir que no tiene bastante entusiasmo para lo que yo valgo. Aunque juez apasionado, es instruida y buen juez.

Los inconvenientes de Mad. de Chateaubriand, si es que les tiene, nacen del exceso de sus cualidades: mis inconvenientes, muy reales, nacen de la esterilidad de las mias. Es fácil tener resignacion, paciencia, serenidad de humor, atenciones, cuando nada nos ocupa, cuando nos fastidia todo, cuando se contesta á la felicidad y á la desgracia por un desesperado y desesperante: «¿Qué importa eso?»

Mad. de Chateaubriand es mejor que yo, aunque de trato mas oscuro. ¿He sido yo irrepachable con ella? ¿He tenido con ella los sentimientos que merece y debía esperar? ¿Se ha quejado alguna vez? ¿Qué felicidad ha reportado en pago de un afecto que no se ha desmentido jamás? Ha sufrido mis adversidades, ha bajado á los calabozos bajo el terror, las persecuciones del imperio, las desgracias de la restauracion, y no ha hallado en la maternidad una recompensa á sus dolores. Sin hijos, que tal vez hubiera tenido en otro matrimonio, y que hubiera amado con locura; no teniendo estos honores y esta ternura de la madre de familia, que consuelan á una mujer de sus hermosos años, ella ha avanzado estéril y solitaria hácia la vejez. Separada continuamente de mí, adversa á las letras, el orgullo de llevar mi nombre no la indemnizaba bastante. Tímida y temblando por mí solo, sus inquietudes, siempre renacientes, le quitaban el sueño y el tiempo para curar sus males; yo soy su permanente enfermedad y la causa de sus recaídas. ¿Podré comparar alguna impaciencia que me ha excitado con los disgustos que yo le he producido? ¿Podria oponer mis medianas cualidades con sus virtudes, que mantienen al pobre, y que han elevado los cuidados de María Teresa á despecho de todos los obstáculos? ¿Qué son mis trabajos al lado de las obras de esta cristiana? Cuando parezcamos los dos en el tribunal supremo, yo seré el condenado.

En suma, cuando considero el conjunto y la imperfeccion de mi naturaleza; es cierto que el matrimonio haya perjudicado mi destino? Indudablemente hubiera tenido mas tiempo y reposo; hubiera sido mejor acogido en ciertas sociedades y en ciertas grandezas de la tierra; pero en política, Mad. de Chateaubriand, si me ha contrariado, no me ha contenido jamás; porque en esto, como en materia de honor, yo no juzgo sino por mis sentimientos. ¿Hubiera producido mas número de obras, y hubieran sido mejores, si hubiera vivido independiente? ¿No ha habido circunstancias, como se verá, en las que, casándome fuera de Francia, hubiera dejado de escribir y renunciado á mi patria? Si yo no me hubiera casado ¿no me hubiera hecho mi debilidad presa de alguna criatura indigna? ¿No hubiera malgastado y ensuciado mis horas como lord Byron? Hoy, ya lleno de años, veria concluidas mis locuras pasadas; viejo solteron, engañado ó desengañado, no tendria ya mas que penas y vacío; seria un pájaro viejo, repitiendo, á quien no la escuchara, mi usada cancion. La absoluta licencia de mis ideas no habria aumentado una cuerda mas á mi lira, un acento mas conmovido á mi voz. La violencia de mis sentimientos, el misterio de mi imaginacion, han aumentado tal vez la energía de mis acentos, animando mis obras con una fiebre interna, con una llama oculta,

ta, que se hubiera disipado al aire libre del amor. Ligado con un lazo indisoluble, he comprado á precio de algun disgusto las delicias que hoy disfruto.

Yo no he conservado de los males de mi existencia mas que la parte incurable. Debo pues eterno reconocimiento á mi esposa, cuya adhesion ha sido tan tierna como sincera y profunda. Ha hecho mi vida mas grave, mas noble, mas honrosa, inspirándome siempre respeto, si no siempre la fuerza de los deberes.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

PARIS.—ANTIGUOS Y NUEVOS CONOCIMIENTOS.—EL ABATE BARTHELEMY.—SAINT-ANGE.—TEATRO.

Me casé á fin de marzo de 1792, y el 20 de abril la asamblea legislativa declaró la guerra á Francisco II, que acababa de suceder á su padre Leopoldo; el 10 del mismo mes se habia beatificado en Roma Benito

Labre: hé aquí dos mundos. La guerra precipitó el resto de la nobleza fuera de Francia. Por una parte redoblaron las persecuciones; por la otra no se permitió á los realistas permanecer en sus casas sin reputarlos poltrones; fue preciso dirigirme al campamento que venia buscando desde tan lejos. Mi tío de Bedée y su familia se embarcaron para Jersey, y yo partí para París con mi mujer y mis hermanas, Lucila y Julia. Habíamos mandado tomar una habitacion en San German, en el callejon Feron, *hotel de Villette*. Me apresuré á buscar mi primera sociedad. Volví á ver á los literatos con quienes habia tenido relaciones. Entre las nuevas fisonomías conocí las del sabio abate Barthelemy y del poeta Saint-Ange. El abate ha diseñado los gineceos de Atenas segun los salones de Chanteloup, el traductor de *Ovidio* no era un hombre sin talento; el talento es un don, una cosa aislada; se puede hallar con las otras facultades mentales, puede estar solo; Saint-Ange era la prueba de esto; andaba en dos piés por no parecer bestia, pero no podia impedir el serlo. Un hombre, en quien ad-



ROBESPIERRE.

miraba siempre y admiro aun el pincel, Bernardin de Saint-Pierre, carecia de talento, y su carácter estaba al nivel del talento. ¿Cuántos cuadros ha echado á perder en los *Estudios de la naturaleza* la inteligencia limitada y la falta de alma del escritor!

Rulhiere habia muerto repentinamente en 1791, antes de mi partida á la América. Despues he visto su casita en Saint-Denis, con la fuente y la bonita estatua del *Amor*; al pié de la cual se leen estos versos:

D'Egmon avec l'Amour visita cette rive:  
Une image de sa beauté  
Se peignit un moment sur l'onde fugitive:  
D'Egmon á disparu; l'Amour est seul resté.»

Cuando yo dejó la Francia, los teatros de París resonaban aun con el *Reveil de Epimenide*, y esta estancia:

«J'aime la vertu guerrière  
De nos braves défenseurs,  
Mais d'un peuple sanguinaire  
Je deteste les fureurs:  
A l'Europe redoutables,  
Soyons libres á jamais,  
Mais soyons toujours aimables,  
Et gardons l'esprit français.»

A mi vuelta ya no se usaban semejantes cosas. *Car los IX* estaba en boga. Esta pieza era de circun-

cias. El rebato, un pueblo armado de puñales, el odio á los reyes y á los sacerdotes, ofrecían una repetición á puerta cerrada de la tragedia que se representaba públicamente. Talma, principiante, continuó sus triunfos.

Mientras que la tragedia enrojecía las calles, la bucólica florecía en el teatro; no se trataba mas que de inocentes pastores y virginales zagalas; campos, riachuelos, praderas, carneros, palomas, edad de oro en los rastrojos, todo revivía con los suspiros del caramillo; ante las arrullantes Tircis y las sencillas redes que salían del espectáculo de la guillotina. Si Sanson hubiera tenido tiempo, habria representado el papel de Colin, y la señorita Theroigne de Mericour el de Babet. Los convencionales se creían los hombres mas benignos del mundo; buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, llevaban á paseo á los niños, les servían de nodrizas, lloraban de ternura con sus juegos sencillos, y tomaban dulcemente en sus brazos á estos pequeños corderos, á fin de enseñarles las carretas que conducían las víctimas al suplicio. Cantaban la naturaleza, la paz, la piedad, la beneficencia, el candor, las virtudes domésticas; estos beatos filantrópicos mandaban cortar el cuello á sus vecinos con extremada sensibilidad, para la mayor felicidad de la especie humana.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

CAMBIO DE FISONOMIA DE PARIS.—CLUB DE LOS FRANCISCANOS.—MARAT.

Paris no tenía ya en 1792 la fisonomía de 1789 y 1790; no era la revolucion naciente, era un pueblo que marchaba embriagado á su destino, á través de abismos, por sendas desconocidas. La actitud del pueblo no era curiosa ni tumultuaria; era amenazadora. Solo se hallaba por las calles figuras asustadas ó feroces, gentes que se deslizaban á lo largo de las casas á fin de pasar desapercibidas, ó que rodaban buscando su presa, los primeros no atreviéndose á mirarlos, los segundos fijando ásperas miradas en las vuestras para adivinarlos y herirlos.

La variedad de los trajes habia cesado; el mundo antiguo se borraba; se vestía la casaca uniforme del mundo nuevo, casaca que no era entonces mas que el último vestido de los condenados del porvenir. Las licencias sociales que se manifestaron con el rejuvenecimiento de la Francia, las libertades de 1789, estas libertades fantásticas y desarregladas de un orden de cosas que se destruye sin caer en la anarquía, se nivelaban bajo el cetro popular; se conocía la aproximación de una joven tiranía plebeya, fecunda, es cierto, y llena de esperanzas, pero tambien mucho mas formidable que el despotismo caduco de la antigua monarquía: porque el pueblo soberano, como está en todas partes, cuando se hace tirano, el tirano está en todos los sitios; es la presencia universal de un Tiberio universal.

A la poblacion parisiense se mezclaba una poblacion extranjera de matones del Mediodía; la vanguardia de los marseleses, que Danton atraía para la jornada del 10 de agosto y las matanzas de setiembre, se daba á conocer por sus harapos, su tez morena, su aire cobarde y criminal, pero criminal de otro sol: *in vultu vitium*, con el vicio en la cara.

En la Asamblea legislativa, yo no conocía á nadie; Mirabeau y los primeros ídolos de nuestras revueltas, ó no existían, ó habian sido derribados de sus altares. Para anudar el hilo histórico, interrumpido por mi excursion á América, es preciso tomar las cosas de mas atrás.

OJEADA RETROSPECTIVA.

La revolucion dió un paso inmenso con la huida del rey el 21 de junio de 1791. Traido á Paris el 25 del mismo mes, habia sido destronado, puesto que la Asamblea nacional declaró que sus decretos tendrían fuerza de ley sin la sancion ó aceptación real. En Orleans se habia constituido un supremo tribunal de justicia, que se dejaba atrás al tribunal revolucionario. Desde esta época Mad. Roland pedía la cabeza de la reina, hasta que la revolucion pidiera la suya. Hubo un tumulto en el Campo de Marte contra el decreto que suspendía al rey en sus funciones, en lugar de juzgarlo. No pudo producir la calma la aceptación de la Constitucion el día 14 de setiembre. Se habia tratado de declarar el destronamiento de Luis XVI: si se hubiera realizado, no hubiera sido cometido el crimen del 21 de enero; la posicion del pueblo francés cambiaba con respecto á la monarquía y á la posteridad. Los constituyentes que se opusieron á la destitucion, creyeron que salvaban la corona, y la perdieron; los que creyeron perderla pidiendo el destronamiento, la hubieran salvado. Casi siempre en política el resultado es contrario á la prevision.

El 30 del mismo mes de setiembre de 1791, celebró la Asamblea constituyente su última sesion: el decreto imprudente del 17 de mayo anterior, que prohibía la reeleccion, engendró la Convencion. Nada mas perjudicial, mas insuficiente, mas inaplicable á los negocios generales que las resoluciones particulares á individuos ó corporaciones, aunque sean honoríficas.

El decreto del 29 de setiembre, para el reglamento de las sociedades populares, no sirvió sino para hacerlas mas violentas. Este fue el último acto de la constituyente; se disolvió al día siguiente, y legó á la Francia una revolucion.

ASAMBLEA LEGISLATIVA.—CLUBS.

La Asamblea legislativa, instalada el 1.º de octubre de 1791, rodó en el torbellino que iba á barrer vivos y muertos. Tumultos ensangrentaron los departamentos; en Caen se sacieron de matar, y se comieron el corazon de Mr. de Belzunce.

El rey puso su veto al decreto contra los emigrados, y al que privaba de todo sueldo á los clérigos no juramentados. Estos actos legales aumentaron la irritacion. Pethion se habia hecho maire de Paris. Los diputados decretaron la acusacion de los príncipes emigrados el 1.º de enero de 1792; el 2 fijaron en este primer enero el principio del año IV de la libertad. Hacia el 13 de febrero aparecieron en Paris los gorros encarnados, y la municipalidad mandó fabricar picas. El manifiesto de los emigrados apareció el 1.º de marzo. El Austria se armaba. Paris estaba dividido en secciones, mas ó menos hostiles entre sí. El 20 de marzo de 1792, la Asamblea legislativa adoptó la mecánica sepulcral, sin la cual no hubieran podido ejecutarse los juicios del terror: se ensayó primero con cadáveres, para conocer en ellos el efecto de su obra. Se puede hablar de este instrumento como de un verdugo, puesto que hubo persona que, excitada por sus buenos servicios, le hacia donacion de dinero para sus gastos. La invencion de la máquina para matar en el momento mismo en que era necesaria al crimen, es una prueba memorable de esta inteligencia de los hechos coordinados los unos con los otros, ó mas bien una prueba de la accion oculta de la Providencia cuando quiere cambiar la faz de los imperios.

El ministro Roland habia sido llamado al consejo del rey, á instigacion de los girondinos. El 20 de abril se declaró la guerra al rey de Hungría y de Bo-

hemia. Marat publicó *El Amigo del Pueblo*, á pesar de un decreto que habia contra él. El regimiento Royal-Allemand y el de Berchini desertaron. Isnard hablaba de la perfidia de la corte. Gensonné y Brissot denunciaban el comité austriaco. Una insurreccion estalló contra la guardia del rey, y se le licenció. El 28 de mayo se declaró la asamblea permanente. El 20 de junio fue invadido el palacio de las Tullerías por las masas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo; el pretexto era la negativa de Luis XVI á sancionar la proscripcion de los sacerdotes: el rey corrió el riesgo de perder la vida. La patria estaba declarada en peligro. Se quemó á Mr. de Lafayette en efígie. Los federados de la segunda federacion llegaban; los marseleses, atraídos por Danton, estaban en camino; entraron en Paris el 30 de julio, y Pethion los alojó en los Franciscanos.

LOS FRANCISCANOS.

Al lado de la tribuna nacional se habían levantado dos tribunas: la de los jacobinos y la de los franciscanos, la mas formidable entonces, porque dió miembros de su seno á la célebre municipalidad de Paris, y medios de accion. Si no se hubiera formado la municipalidad, Paris, falto de un punto de concentracion, se hubiera dividido, y los diferentes distritos se hubieran convertido en poderes rivales.

El club de los franciscanos estaba establecido en este convento, construido con una multa en reparacion de una muerte en tiempo de San Luis, en 1259: en 1590 se convirtió en fuerte por los caballeros de la Liga.

Hay lugares que parecen destinados á ser el laboratorio de las facciones: «Se dió aviso, dice l'Estoile (12 de julio de 1593), al duque de Mayenne de doscientos franciscanos que habian venido á Paris, proveyéndose de armas y entendiéndose con los diez y seis, los cuales tenían sus reuniones en los franciscanos de Paris.» Los fanáticos conjurados habian cedido á nuestros revolucionarios filósofos el convento de los franciscanos como una jaula.

Los cuadros, las imágenes esculpidas ó pintadas, los velos y las cortinas del convento, habian sido arrancadas; la basílica no presentaba mas que sus huesos y espinas. En el testero de la iglesia, batido por el viento que penetraba por las vidrieras rotas, un banco de carpintero servía de mesa al presidente cuando se celebraba la sesion en el templo. Sobre este banco habia gorros encarnados que se ponían los oradores antes de subir á la tribuna. La tribuna se componía de cuatro viguetas en forma de arcos abovedados, y con un travesaño como el de un cadalso. Detrás del presidente se veían, con una estatua de la libertad, instrumentos de la antigua justicia, reemplazados por la máquina sangrienta, como son sustituidas las mecánicas complicadas por el ariete hidráulico. El club de los jacobinos *purificados* tomó algunas disposiciones de los franciscanos.

ORADORES.

Los oradores, unidos para destruir, no se entendían ni sobre los gefes que habian de elegir, ni sobre los medios que habian de emplear; se trataban de rateros, de ladrones, de asesinos, entre el estrépito de los silbidos y los ahullidos de sus diferentes grupos de diablos. Las metáforas eran tomadas del material de las muertes, de los objetos mas sucios de todo géne-

ro, ó eran sacadas de los lugares consagrados á la prostitucion de los hombres y las mujeres. Los gestos hacían las imágenes mas sensibles; todo era llamado por su nombre con el mas escandaloso cinismo, y una pompa obscena de juramentos y blasfemias. Destruir y edificar, muerte y generacion, esto solo se comprendía á través de la gerga salvaje con que ensordecían los oídos. Los habladores de voz aguda ó tronante tenían otra clase de interruptores que los de oposicion y eran los mochueros que se instalaban en las desquiciadas ventanas esperando el botín, é interrumpiendo á los oradores. Se les llamaba al orden, primero con la impotente campanilla; pero sino cesaban de gritar, se les disparaban tiros para hacerlos callar, y caían palpitantes, heridos y fatídicos en medio de aquel *Pandemonium*. Maderas abatidas, bancos cojos, sillas de coro desmanteladas, torsos de santos arrimados á las paredes, servían de asientos á los espectadores sucios, polvorosos, borrachos, cubiertos de sudor, con la carmacha atravesada, la pica á la espalda, ó los brazos desnudos cruzados. Los mas disformes de la banda obtenían con preferencia la palabra. Las enfermedades del cuerpo y del alma han representado un papel grande en nuestras revueltas; el amor propio ofendido ha hecho grandes revolucionarios.

MARAT Y SUS AMIGOS.

En estas preferencias de odio, pasaba sucesivamente, mezclada á los fantasmas de los diez y seis, una serie de cabezas de gorgonas. El antiguo médico de los guardias del conde de Artois, el renacuajo suizo Marat, con los pies desnudos metidos en zuecos farrados, peroraba el primero en virtud de sus incontables derechos. Con una fisonomía vulgar y aquella sonrisa de vanalidad que la antigua educacion imprimía á todas las fisonomías, decía: «¡Pueblo, necesitas cortar doscientas setenta mil cabezas!» A este Calígula de callejuelas sucedía el zapatero ateo Chaumette. Este era seguido del *procurador general de la linterna*, Camilo Desmoulins, Ciceron tartamudo, consejero público de asesinatos; immoral, insustancial republicano de retruécanos y buenas palabras, narrador de cuentos verdes, el cual declaró que en las matanzas de setiembre, *todo habia pasado con orden*.

Fouché, que habia venido de Juilli y de Nantes, estudiaba atrocidad con estos doctores: en el círculo de las bestias feroces acechando la presa, parecia una hiena vestida. Olfateaba las futuras efusiones de sangre; aspiraba ya el incienso de las procesiones de los asnos y los verdugos, aguardando el día en que, lanzado del club de los Jacobinos como ladrón, ateo y asesino, fuera elegido ministro. Cuando Marat bajaba de su tribuna, este Triboulet político era el juguete de sus señores; le daban capirotazos, le pisaban los pies, le silbaban; pero esto no le impidió hacerse gefe de la multitud, subir al reloj de la casa de villa á tocar el rebato de la matanza general, y triunfar en el tribunal revolucionario. Marat fue profanado por la muerte: Chenier hizo su apoteosis: David lo pintó en el baño sangriento: se le comparó al divino autor del Evangelio. Se le dedicó esta oracion. «¡Corazon de Jesús, corazon de Marat!» ó «¡sagrado corazon de Jesús, sagrado corazon de Marat!» Este corazon de Marat se encerró en una pyxide preciosa del guarda-mueble. Se visitaba en un cenotafio de césped, levantado en la plaza del Carroussel, el busto, el baño, la lámpara y el escritorio de la divinidad. Despues cambió el viento: la inmundicia, derramada del vaso de ágata á otro vaso, fue vertida en un albañal.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

DANTON.—CAMILO DESMOULINS.—FABRE D'ÉGLANTINE.

Las escenas de los Franciscanos, de que fui testigo tres ó cuatro veces, eran dominadas y presididas por Danton. Huno, de talla gigantesca, de nariz roma y arremangada, cara de gendarme con mezcla de procurador lúbrico y cruel. Danton, con sus tres furias masculinas, Camilo Desmoulin, Marat y Fabre d'Eglantine, organizó los asesinatos de setiembre. Billaud Varennes propuso dar fuego á las prisiones con todo lo que habia dentro; otro convencional propuso que se ahogase á todos los detenidos; Marat se declaró por una matanza general. Imploraban á Danton en favor de las víctimas:—«Yo me f... en los prisioneros,» respondió. Autor de la circular de la Municipalidad invitó á los hombres libres de los departamentos á que repitieran la enormidad perpetrada en París.

Observemos la historia: Sixto V igualó, para la salvación de los hombres, el sacrificio de Jacobo Clemente al misterio de la Encarnación, como se comparó Marat al Salvador del mundo; Carlos IX escribió á los gobernadores de las provincias que imitaran los asesinatos de la Saint-Barthelemy, como Danton pidió á los patriotas que repitiesen los de setiembre. Los jacobinos eran plagiarios; lo eran inmolando á Luis XVI como lo habia sido Carlos I. Como ha habido crímenes mezclados con un grande movimiento social, se ha juzgado equivocadamente que estos crímenes habian producido la grandeza de la revolución, que no habian hecho mas que tizar; de una hermosa naturaleza doliente, espíritus apasionados ó sistemáticos, no han admirado mas que la convulsión.

Danton, mas franco que los ingleses, decia:—«Nosotros no juzgaremos al rey, lo mataremos.» Y tambien decia:—«Estos sacerdotes, estos nobles no son culpables, pero es preciso que mueran, porque están dislocados, embarazan el movimiento de las cosas, y son un estorbo para el porvenir.» Estas palabras, bajo una apariencia de horrible profundidad, no tienen ninguna extension de ingenio, porque suponen que la inocencia no es nada, y que el orden moral puede separarse del orden político sin hacerlo perecer, y esto es falso.

Danton no tenia la convicción de los principios que sostenia; se habia cubierto con el manto revolucionario para llegar al poder.—«Venid á vocear con nosotros, decia á un jóven; cuando os hayais enriquecido, sereis lo que os acomode.» Confesó que si no se habia vendido á la corte, era porque no lo pagaban bastante: desvergüenza de una inteligencia que se conoce y de una corrupción que se manifiesta escandalosamente.

Interior aun en fealdad á Mirabeau, de quien habia sido agente, Danton fue superior á Robespierre, sin haber dado, como este, su nombre á sus crímenes. Conservaba el sentido religioso:—«No hemos destruido, decia, la superstición para establecer el ateísmo.» Sus pasiones hubieran podido ser buenas, por la razon de que eran pasiones. Se debe tener presente el carácter en las acciones de los hombres: los culpables de imaginación como Danton, parecen, en razon misma de la exageración de sus palabras y transportes, mas perversos que los culpables á sangre fría, y realmente lo son menos. Esta observación se aplica tambien al pueblo: tomado colectivamente, el pueblo es un poeta, autor y actor de la pieza que representa ó que se le hace representar. Sus excesos no son tanto el instinto de una crueldad nativa como el delirio de una multitud embriagada con los espectáculos, sobre todo cuando son trágicos; cosa tan cierta, que en

los horrores populares, hay siempre alguna cosa superflua dada al cuadro y á la emoción.

Danton fue cogido en el lazo que él habia tendido. No le sirvió de nada lanzar bolitas de pan á las narices de los jueces, responder con valor y nobleza, hacer vacilar al tribunal, poner en peligro y asustar á la Convención, razonar lógicamente sobre los crímenes que habian creado el poder mismo de sus enemigos, exclamar sobrecogido de un arrepentimiento estéril: «Yo he establecido este tribunal infame; pido por ello perdón á Dios y á los hombres!» Frase que mas de una vez ha sido robada. Era preciso, antes de ser llevado al tribunal, que hubiera declarado su infamia.

No le quedaba á Danton que hacer mas que mostrarse implacable en su propia muerte, como lo habia sido con la de sus víctimas; levantar su cabeza mas alta que el cuchillo suspendido, y así sucedió: del teatro del terror, donde sus piés se pegaban en la sangre cuajada de la vispera, despues de haber paseado una mirada de desprecio y de dominación por la multitud, dijo al verdugo:—«Tú enseñarás mi cabeza al pueblo: vale la pena.» La cabeza de Danton permaneció en las manos del verdugo mientras que su alma acéfala fué á mezclarse con las sombras decapitadas de sus víctimas: todavía existia la igualdad.

El diácono ó subdiácono de Danton, Camilo Desmoulin y Fabre d'Eglantine, perecieron del mismo modo que su sacerdote. En la época en que se pensaba la guillotina; en que se llevaba alternativamente en la botonadura de su carmañola, como una flor, una guillotina de oro ó un pedacito del corazón del guillotinado; en la época en que se vociferaba; viva el infierno! en que se celebraban alegremente las orgias sangrientas; en que se brindaba á la nada; en que se bailaba desnudo el baile de los muertos, para no tener el trabajo de desnudarse al irse á reunir con ellos; en esta época era preciso, para fin de fiesta, llegar al último banqueté, al último chiste del dolor. Desmoulin fue convidado al tribunal de Fouquier Tinville:—«¿Qué edad tienes?» le preguntó el presidente.—«La edad del descamisado Jesús,» respondió Camilo bufoneándose. Una obsesión vengadora obligaba á estos degolladores de cristianos á pronunciar incesantemente el nombre de Cristo.

Seria injusto olvidar que Camilo Desmoulin osó oponerse á Robespierre y contener con su valor sus extravíos. Él dió la señal de la reacción contra el terror. Una jóven y encantadora mujer, llena de energía, haciéndolo capaz de enamorarse, lo hizo capaz de virtud y de sacrificios. La indignación inspiró la elocuencia á la intrépida y amarga ironía del tribuno; él asaltó con fuerza los cadalsos que habia ayudado á levantar. Conformando su conducta con sus palabras, no consintió en su suplicio; se agarró al cuello del ejecutor en el carretón, y llegó al borde del abismo ya medio destrozado.

Fabre d'Eglantine, autor de una pieza que vivirá, mostró, al revés de Desmoulin, una insigne debilidad. Juan Reseau, verdugo de París bajo la Liga, ahorcado por haber prestado su ministerio á los asesinos del presidente Brissot, no podia conformarse con la cuerda. Parece que no se aprende á morir matando á los demás.

Los debates de los Franciscanos me manifestaron el estado de una sociedad en el momento mas rápido de su transformación. Yo habia visto á la Asamblea constituyente comenzar el asesinato del trono en 1789 y 1790; yo encontré el cadáver aun caliente de la vieja monarquía, entregado en 1792 á los fabricantes legisladores; ellos le abrieron el vientre y lo disecaron en las salas bajas de los clubs, como los alabarderos despedazaron y quemaron el cuerpo de Balafre en el castillo de Blois.

De todos los hombres que yo recuerdo, Danton,

Marat, Camilo Desmoulin, Fabre d'Eglantine, Robespierre, ni uno solo vive.

Yo los hallé un momento en mi camino, entre una sociedad naciente en América y una sociedad moribunda en Europa; entre las florestas del Nuevo-Mundo y la soledad del destierro: aun no habia pasado mas que algunos meses en tierra extranjera, cuando estos amantes de la muerte se habian ya acabado con ella. A la distancia en que estoy ahora de su aparición, me parece que, trasladado á los infiernos en mi juventud, tengo un confuso recuerdo de los espíritus que entrevi errantes en la orilla del Cocito; ellas completan los sueños variados de mi vida, y vienen á hacerse inscribir en mis *Memorias de Ultra-Tumba*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

OPINION DE MR. DE MALESHERBES SOBRE LA EMIGRACION.

Tuve una grande satisfacción en encontrar á monsieur de Malesherbes y hablarle de mis antiguos proyectos. Yo referia los planes de un segundo viaje que debia durar nueve años; yo no tenia que hacer antes mas que un corto viaje á Alemania; corria al ejército de los príncipes; volvía corriendo para destrozar la revolución; y concluido todo en dos ó tres meses, izaba mi vela y volvía al Nuevo-Mundo con una revolución de menos y un matrimonio de mas.

Y sin embargo, mi celo sobrepujaba á mi fe: yo conocia que la emigración era una necesidad y una locura: «Trasquilado á todas manos, dice Montaigne, en los güelfos, era gibelino; en los gibelinos, güelfo.» Mi poca afición á la monarquía absoluta no me dejaba ninguna ilusión en el partido que iba á tomar; yo tenia escrúpulos, y aunque resuelto á sacrificarme por el honor, quise saber la opinion de Mr. de Malesherbes sobre la emigración. Lo hallé muy animado; los crímenes políticos, perpetrados continuamente á su vista, habian hecho desaparecer la tolerancia política del amigo de Rousseau: entre la causa de las víctimas y la de los verdugos, no dudaba. Creia que cualquiera cosa valia mas que el orden entonces existente: con respecto á mí, creia que un hombre que ceñia al espada no podia prescindir de reunirse á los hermanos de un rey oprimido y entregado á sus enemigos. Aprobaba mi vuelta de América, y excitaba á mi hermano á que partiese conmigo.

Yo le hice las objeciones necesarias sobre la alianza de los extranjeros, sobre los intereses de la patria, etc. El respondió; y pasando de los razonamientos generales á los detalles, me citó ejemplos que me embarazaban. Me citó á los güelfos y gibelinos, apoyándose en las tropas del emperador ó del papa; en Inglaterra á los barones, sublevándose contra Juan sin Tierra. En fin, en nuestros dias citaba á los Estados-Unidos implorando el socorro de la Francia. «Así, continuaba Mr. de Malesherbes, los hombres mas adictos á la libertad y á la filosofía, los republicanos y los protestantes, no se han creído jamás culpables, por tomar una fuerza que pudiera dar la victoria á su opinion. Sin nuestros recursos, nuestros navios y nuestros soldados, ¿estaria hoy emancipado el Nuevo-Mundo? Yo mismo, no he recibido en 1776 á Franklin, que venia á reanudar las negociaciones de Silas Deane, y sin embargo, era un traidor? ¿Era menos honrosa la libertad americana porque habia sido asistida por Lafayette y conquistada por los granaderos franceses? Todo gobierno que, en vez de ofrecer garantías á las leyes fundamentales de la sociedad, traspasa él mismo las leyes de la equidad, las reglas de la justicia, deja de existir, y vuelve al hombre al estado de naturaleza. Entonces es lícito defen-

derse como se puede, recurrir á los medios que parecen los mas á propósito para destruir la tiranía, y restablecer los derechos de todos y cada uno.»

Los principios de derecho natural, presentados de relieve por un hombre como Mr. de Malesherbes, y apoyados con numerosos ejemplos, me hirieron sin convencerme: yo no cedia realmente mas que al movimiento de la edad ó al puntillo de honor. Yo añadiré á estos ejemplos de Malesherbes ejemplos recientes: el partido republicano francés ha ido á servir bajo la bandera de las Cortes durante la guerra de España en 1823, sin hacer escrúpulo de llevar las armas contra su patria; los polacos y los italianos constitucionales han solicitado en 1830 y 1831 el socorro de la Francia, y los portugueses de la carta, han invadido su patria con el dinero y los soldados extranjeros. Nosotros tenemos dos pesos y dos medidas: aprobamos para una idea, un interés, un sistema, un hombre, lo que censuramos para otra idea, otro sistema, otro interés, otro hombre.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

JUEGO Y PIERDO.—AVENTURA DEL CARRUAJE.—MADAMA ROLAND.—BARRERE EN LA ERMITA.—SEGUNDA FEDERACION DEL 14 DE JULIO.—PREPARATIVOS DE EMIGRACION.

Tenian lugar estas conversaciones en casa de mi cuñada; acababa de dar á luz su segundo hijo, de quien fue padrino Mr. de Malesherbes, dándole su nombre, Cristian. Asistí al bautismo de este niño, que no debia ver á sus padres mas que á la edad en que la vida no tiene recuerdo y aparece de lejos como un sueño inolvidable. Se trató de los preparativos de mi viaje. Se habia creído proporcionarme un matrimonio rico, y se vió que la fortuna de mi mujer consistia en rentas sobre bienes del clero que la nacion se encargó de pagar á su manera. Mad. de Chateaubriand habia prestado ademas, con consentimiento de sus tutores, la inscripcion de una fuerte parte de estas rentas á su hermana, la condesa de Plessis-Parcean, emigrada. Faltaba, pues, el dinero, y era preciso pedir prestado.

Un notario nos proporcionó diez mil francos; yo los llevaba en asignados á mi casa, cuando encontré en la calle de Richelieu á uno de mis antiguos camaradas del regimiento de Navarra, el conde Achard. Era un gran jugador, y me propuso ir á los salones de M... donde podriamos hablar: el diablo me llevó; subo, juego, pierdo todo, menos mil quinientos francos, con los que, lleno de remordimientos, subo en el primer carruaje que veo. Yo no habia jugado nunca; el juego produjo en mí cierta especie de embriaguez dolorosa; si me hubiera acometido esta pasión, me hubiera trastornado el juicio. Medio extraviado el espíritu, dejé el carruaje en San Sulpicio, y olvidé en él mi cartera, que contenia los restos de mi tesoro. Voy corriendo á mi casa y digo que he dejado los diez mil francos en un coche.

Salgo, bajo por la calle del Delfinado, atravieso el puente Nuevo, no sin sentir deseos de tirarme al rio; voy á la plaza de la Concordia, donde yo habia tomado el malhadado carruaje. Pregunto á los sobayanos que dan de beber á los rocines, describo mi vehículo, y me indican al azar un número. El comisario del cuartel me dice que este número pertenece á un alquilador que vive en lo alto del arrabal de San Dionisio. Me dirijo á la casa de este hombre, y permanezco allí toda la noche esperando la vuelta de los coches; llegan sucesivamente muchos; en fin, á las dos veo entrar el mio. Apenas tuve tiempo de reconocer mis dos corceles blancos, cuando las pobres bestias, derrengadas, se dejaron caer sobre la paja, exánimes, con el vientre

llo de aire y las piernas tendidas, como si estuvieran muertos.

El cochero se acordó de haberme conducido. Después de mí había llevado un ciudadano, que se apeó en los Jacobinos; detrás una dama, que había llevado á la calle de Cleri, número 13; en seguida un caballero, que había dejado en Recoletos, calle de San Martín. Ofrecí para beber al cochero, y héme al despuntar el día procediendo al descubrimiento de los mil quinientos francos, como al paso del Noroeste. Me parecía claro que el ciudadano de los Jacobinos los había confiscado en uso de su soberanía. La señorita de la calle de Cleri afirmó que no había visto nada en el carruaje. Llegó á la tercera estación sin ninguna esperanza; el cochero dió entre bien y mal las señas del caballero á quien ha conducido. El portero dijo: «¡Es el padre tal!» y me condujo por un corredor á la habitación de un recoleto, que había quedado para inventariar los muebles de su convento. Este religioso, con una levita llena de polvo, sobre un montón de ruinas, escucha la narración que le hago.—«¿Sois vos, me dijo, el caballero de Chateaubriand?—Sí, respondí.—Aquí tenéis vuestra cartera, replicó: yo la hubiera llevado á vuestra casa después de mi trabajo, porque había hallado vuestras señas.» Este fraile, arrojado y despojado, ocupado en contar concienzudamente para sus propietarios las reliquias de su claustro, me devolvió los mil quinientos francos con que me iba á encaminar hacia el destierro. Sin esta pequeña suma, yo no hubiera emigrado. ¿Qué hubiera sucedido? Toda mi vida estaba cambiada. Si yo doy ahora un paso para hallar un millon perdido, que me ahorquen.

Esto pasaba el 16 de junio de 1792.

Fiel á mis instintos, había vuelto de América para ofrecer mi espada á Luis XVI, no para asociarme á intrigas de partido. El licenciamiento de la nueva guardia real, en la que se encontraba Murat; los ministerios sucesivos de Roland, Dumouriez, Duport de Tertre; las pequeñas conspiraciones de córté ó los grandes movimientos populares, no me inspiraban más que fastidio ó desprecio. Oía hablar mucho de Mad. Roland, á quien no ví; sus *Memorias* prueban que poseía una fuerza extraordinaria de imaginación. Se la creía muy agradable; resta saber si lo era bastante para hacer soportable hasta este punto el cinismo de las virtudes extranaturales. Ciertamente la mujer que al pie de la guillotina p' día una pluma y tinta para escribir los últimos momentos de su viaje, para consignar los descubrimientos que había hecho en su trayecto desde la Consejería á la plaza de la Revolución, tal mujer, muestra una preocupación del porvenir, un desprecio de la vida, de que hay pocos ejemplos. Mad. Roland tenía más carácter que genio: el primero puede dar el segundo: el segundo no puede dar el primero.

El 19 de junio había ido yo al valle de Montmorency á visitar la ermita de J. J. Rousseau: no porque me complaciese con el recuerdo de Mad. d'Épinay, y de aquella sociedad fingida y depravada, sino porque yo quería decir adiós á la soledad de un hombre antipático por sus costumbres á mis costumbres, aunque dotado de un talento que removía mi juventud con sus acentos. Al día siguiente, 20 de junio, estaba aun en la ermita; encontré dos hombres que se paseaban como yo en este lugar desierto durante el día fatal de la monarquía, indiferentes que eran, ó que serían, creía yo, á los negocios del mundo: el uno era Mr. Maret, del imperio; el otro Mr. Barrère, de la república. El gentil Barrère había venido, huyendo del ruido, á contar, con su filosofía sentimental, escenas revolucionarias á la sombra de Julia. El trovador de la guillotina, por cuyo informe decretó la Convención que el terror estaba á la orden del día, se libró de este terror, ocultándose en el cesto de las cabezas; del fondo de la cubeta de sangre, bajo el cadalso, se le oía solamente graznar la muerte. Barrère era de estos tigres

que Oppiano hace nacer del soplo ligero del viento: *velocis zephyri proles*. Ginguené, Champfort, mis antiguos amigos literatos, estaban encanados con la jornada del 20 de junio. Laharpe, continuando sus lecciones en el Liceo, gritaba con voz estentórea:—«¡Insensatos! vosotros respondiais á todas las representaciones del pueblo: *¡las bayonetas, las bayonetas!* Y bien; ¡ahí tenéis las bayonetas!» Aunque mi viaje á América me hubiese hecho un personaje menos insignificante, yo no podía elevarme á tan grande altura de principios y elocuencia. Fontanes corría peligro por sus antiguas relaciones con la *sociedad monárquica*. Mi hermano era individuo de un club de *rabiosos*. Los prusianos marchaban en virtud de un convenio entre los gabinetes de Viena y Berlín; ya había tenido lugar un encuentro bastante fuerte entre los franceses y los austriacos, por la parte de Mons. Ya era tiempo de tomar una determinación.

Mi hermano y yo nos procuramos pasaportes falsos para Lila; los dos éramos comerciantes de vinos, guardias nacionales de París, cuyo uniforme llevábamos, proponiéndonos suministrar fornituras al ejército. El ayuda de cámara de mi hermano, Luis Poullain, llamado San Luis, viajaba con su propio nombre; aunque era de Lamballe, en la baja Bretaña, iba á ver á sus parientes en Flandes. Se fijó para nuestra emigración el 13 de julio, al día siguiente de la segunda federación. Pasamos el 14 en el jardín de Tivoli, con la familia de Rosambo, mis hermanas y mi mujer. Tivoli pertenecía á Mr. Bontin, cuya hija se había casado con Mr. de Malesherbes. Al concluirse el día, vimos correr á la desbandada bastante número de federados, que llevaban escrito sobre los sombreros con yeso: «¡Petion, ó la muerte!» Tivoli, punto de partida de mi destierro, debía convertirse en sitio de fiestas y de juegos. Nuestros parientes se despidieron sin tristeza; estaban persuadidos de que hacíamos un viaje de recreo. Mis mil quinientos francos parecían un tesoro suficiente para hacerme volver triunfante á París.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

#### EMIGRO CON MI HERMANO.—AVENTURA DE SAN LUIS.—PASAMOS LA FRONTERA.

El 13 de julio á las seis de la mañana montamos en la diligencia; habíamos tomado nuestros asientos en el cabriolé, junto al conductor; el ayuda de cámara, á quien fingíamos no conocer, se metió en el coche con los demás viajeros. San Luis era somnábulo; en París iba por las noches á buscar á su señor con los ojos abiertos, pero perfectamente dormido. Desnudaba á mi hermano, lo ponía en cama, siempre durmiendo, respondiendo á todo lo que se le decía durante sus ataques:—«Entiendo, entiendo;» no despertándose hasta que se le echaba agua fría en la cara; hombre como de cuarenta años, de cerca de seis pies de altura, y tan flaco como alto. Este criado, muy respetuoso, no había tenido más señor que á mi hermano; cuando hubo de sentarse á cenar con nosotros, se turbó completamente. Los viajeros, muy patriotas, hablaban de colgar los aristócratas en la linterna, y aumentaban su espanto. La idea de que al fin de todo se vería obligado á atravesar por el ejército austriaco para ir á batirse en el de los príncipes, acabó de trastornar su cabeza. Bebió mucho, y subió á la diligencia: nosotros volvimos á entrar en el cupé.

A media noche oímos á los viajeros que gritaban, con la cabeza fuera de la portezuela:—«¡Para, postillon; para!» Se detiene el carruaje, se abre la portezuela, y se oyen voces de mujeres y hombres:—«¡Bajad, ciudadano; bajad! ¡Bajad, cochino! ¡Es un brigante! ¡Bajad, bajad!» Nosotros nos apeamos también; vimos á San Luis atropellado, arrojado del coche, levantándose

y paseando sus ojos abiertos y dormidos en torno suyo, huyendo á todo correr, y sin sombrero, con dirección á París. Nosotros no lo podíamos llamar, porque nos vendíamos; era preciso abandonarlo á su destino. Capturado en el primer pueblo, declaró que era el criado de Mr. de Chateaubriand, y que vivía en París, calle de Bondy. La gendarmería lo condujo de justicia en justicia á casa del presidente Rosambo; las declaraciones de este desgraciado sirvieron para probar nuestra emigración y enviar á mi hermano y mi cuñada al cadalso.

Al día siguiente, al almuerzo, fue preciso escuchar veinte veces la historia entera:—«Este hombre tenía la imaginación turbada; soñaba gritando; decía cosas extrañas: sin duda era un conspirador, un asesino que huía de la justicia.» Las ciudadanas muy elevadas se ruborizaban, y agitaban grandes abanicos de papel verde-constitucion. Nosotros reconocimos en esta narración los efectos del somnambulismo, del miedo y del vino.

Cuando llegamos á Lila, buscamos á la persona que debía llevarnos al otro lado de la frontera. La emigración tenía sus agentes de salvación, que vinieron á convertirse en agentes de perdición. El partido monárquico era aun poderoso; la cuestión no estaba resuelta; los débiles y los poltrones servían esperando los sucesos.

Salimos de Lila antes que se cerraran las puertas; nos detuvimos en una casa aislada, y no marchamos hasta las diez de la noche, cuando estaba muy oscura; no llevábamos nada más que un bastón en la mano: aun no había un año que yo seguía así á mi holandés por las florestas americanas.

Atravesamos sembrados, por donde apenas había abierto algun sendero. Las patrullas francesas y austriacas recorrían el campamento; nosotros podíamos tropezar con unas ó con otras, ó encontrarnos bajo el tiro de un vigía. Entreviros de lejos soldados de caballería sueltos, con el sable colgado á la muñeca; oímos pasos de caballos en caminos abiertos; con el oído en tierra, percibimos el ruido regular de una marcha de infantería. Después de tres horas de caminar, tan pronto corriendo como de puntillas, llegamos á la encrucijada de un bosque, en el que se oía cantar algunos ruiseñores: una compañía de hulanos, que se hallaba detrás de una tapia, cayó sobre nosotros con sable en mano. Nosotros gritamos:—«¡Oficiales que van á reunirse á los príncipes!» Pedimos que se nos llevara á Tournay para hacernos reconocer. El comandante nos colocó entre su caballería, y nos llevó.

Cuando amaneció, los hulanos vieron bajo nuestros levitones el uniforme de guardias nacionales, é insultaron los colores que la Francia iba á hacer llevar á la Europa avasallada.

En el Tournaisis, reino primitivo de los francos, Clovis residió durante los primeros años de su reinado. Partió de Tournay con sus compañeros á la conquista de los Gaulas: «Las armas atraen á sí todos los derechos,» dice Tácito. Yo he pasado en 1792 por esta ciudad, de donde salió en 486 el primer rey de la primera raza, para fundar su larga y poderosa monarquía, y he vuelto á pasar en 1814, cuando el último rey de los franceses abandonaba el reino del primer rey de los francos: *omnia emigrant*.

Cuando llegué á Tournay, dejé á mi hermano hablando con las autoridades, y me fui á visitar la catedral, bajo la vigilancia de un soldado. En otro tiempo Odon d'Orleans, maestro-escuela de esta catedral, sentado durante la noche delante de la portada de la iglesia, enseñaba á sus discípulos el curso de los astros, y les mostraba con el dedo la vía láctea y las estrellas. Hubiera preferido hallar en Tournay este sencillo astrónomo del siglo XI, á los Pandours. Yo recorría con placer estos tiempos en que refieren las crónicas que en Normandía, en el año 1049, un hom-

bre había sido convertido en asno; lo que estuvo para sucederme á mí mismo, según se creía en casa de las señoritas Couppart, mis maestras de lectura. Hildeberto, en 1114, ha visto una niña á quien pendían de las orejas espigas de trigo: quizás era Ceres. La Meuse, que yo iba á atravesar muy pronto, quedó suspendida en el aire el año de 1118: testigo Guillermo de Nangis y Alberic. Rigord asegura que en el año 1194, entre Comp'egne y Clermont, en Beauvoisis, cayó un granizo mezclado de cuervos, que traían carbones y les prendían fuego. Si la tempestad, como nos lo asegura Gervais de Tilburi, no podía apagar una luz en la ventana del priorato de San Miguel de Camissa, también sabemos por él que había en la diócesis d'Uces una hermosa y cristalina fuente, que cambiaba de lugar cuando se echaba en ella alguna cosa sucia; las conciencias de hoy no se confunden con tan poco.—Lector, yo no pierdo tiempo; yo charlo contigo para acostumbrarte á tener paciencia mientras vuelve mi hermano, que está negociando: ya está aquí; llega, después de haberse explicado á satisfacción del comandante austriaco. Se nos permite dirigirnos á Bruselas: destierro adquirido á costa de muchos cuidados.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

#### BRUSELAS.—COMIDA EN CASA DEL BARON DE BRETEUIL.—RIVAROL.—PARTIDA PARA EL EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—CAMINO.—ENCUENTRO DEL EJÉRCITO PRUSIANO.—LLEGO Á TRÉVERIS.

Bruselas era el cuartel general de la alta emigración. Las mujeres más elegantes de París y los hombres más á la moda; los que no podían servir más que de ayudantes de campo, aguardaban en medio de los placeres el momento de la victoria. Tenían hermosos uniformes nuevos, y ostentaban con todo rigor su ligereza. Se comieron en pocos días sumas considerables que hubieran podido durar algunos años; no merecía la pena de economizar, puesto que de un momento á otro volverían á París... Estos brillantes caballeros se preparaban con los triunfos de amor á la gloria, al revés de la antigua caballería. Nos miraban desdeñosamente caminar á pié, con el morral á la espalda, á nosotros, pobres caballeros de provincia, ó pobres oficiales convertidos en soldados. Estos Hércules hilaban á los piés de sus damas los copos que nos habían enviado, y que les devolvíamos al pasar, contentándonos con nuestras espadas.

Encontré en Bruselas mi pequeño equipaje, que había llegado de contrabando antes que yo: consistía en mi uniforme de Navarra, en una poca ropa blanca, y en mis preciosos papelajos, que yo no quería abandonar.

Fui convidado á comer con mi hermano en casa de baron de Breteuil; allí encontré á la baronesa de Montmorency, entonces jóven y hermosa, moribunda en este momento, obispos mártires con sotana de seda y cruz de oro, jóvenes magistrados transformados en coroneles húngaros, y Rivarol, á quien yo no he visto más que esta vez en mi vida. No se le había nombrado; á mí me admiró aquel lenguaje de un hombre que peroraba solo, y que se hacía escuchar con alguna razón como un oráculo. El espíritu de Rivarol perjudicaba á su talento; su palabra á su pluma. Decía, á propósito de las revoluciones:—«El primer golpe se dirige á Dios; el segundo pega en un mármol insensible.» Yo había vuelto á tomar el uniforme de un mezquino subteniente de infantería; debía marchar al acabar de comer, y tenía mi mochila detrás de la puerta. Aun estaba bronceado por el sol de América y el aire del mar; llevaba los cabellos aplastados y negros. Mi figura y mi silencio molestaban á Rivarol; el baron